

HISTORIAS DEL CORAZÓN DE COLOMBIA

Cesar

Historias del corazón de Colombia
Un podcast de ProColombia

Comité Editorial

María José Silva
Julia Correa Vásquez
Paola Méndez Rodríguez

Dirección Editorial

Andrés Barragán Montaña

Diseño gráfico

Mateo L. Zúñiga
Andrés Álvarez Franco
Cristine Villamil Ramírez

Ilustración

Andrea Santana Quiñones
Diana Londoño Aguilera

Edición

John Güecha Hernández
Alexander Klein Ochoa
Juan Micán González
Leonardo Realpe Bolaños
Nicolás Sepúlveda Perdomo

Locución Original

Nick Perkins

Fotos originales

Nick Perkins

Esta pieza editorial ha sido producida por ProColombia. Su contenido está protegido por las leyes de la República de Colombia sobre propiedad intelectual y no refleja la posición del Gobierno Nacional, ProColombia ni de las entidades que han intervenido en el proyecto, por lo que no asumirán responsabilidad alguna por lo allí expresado.

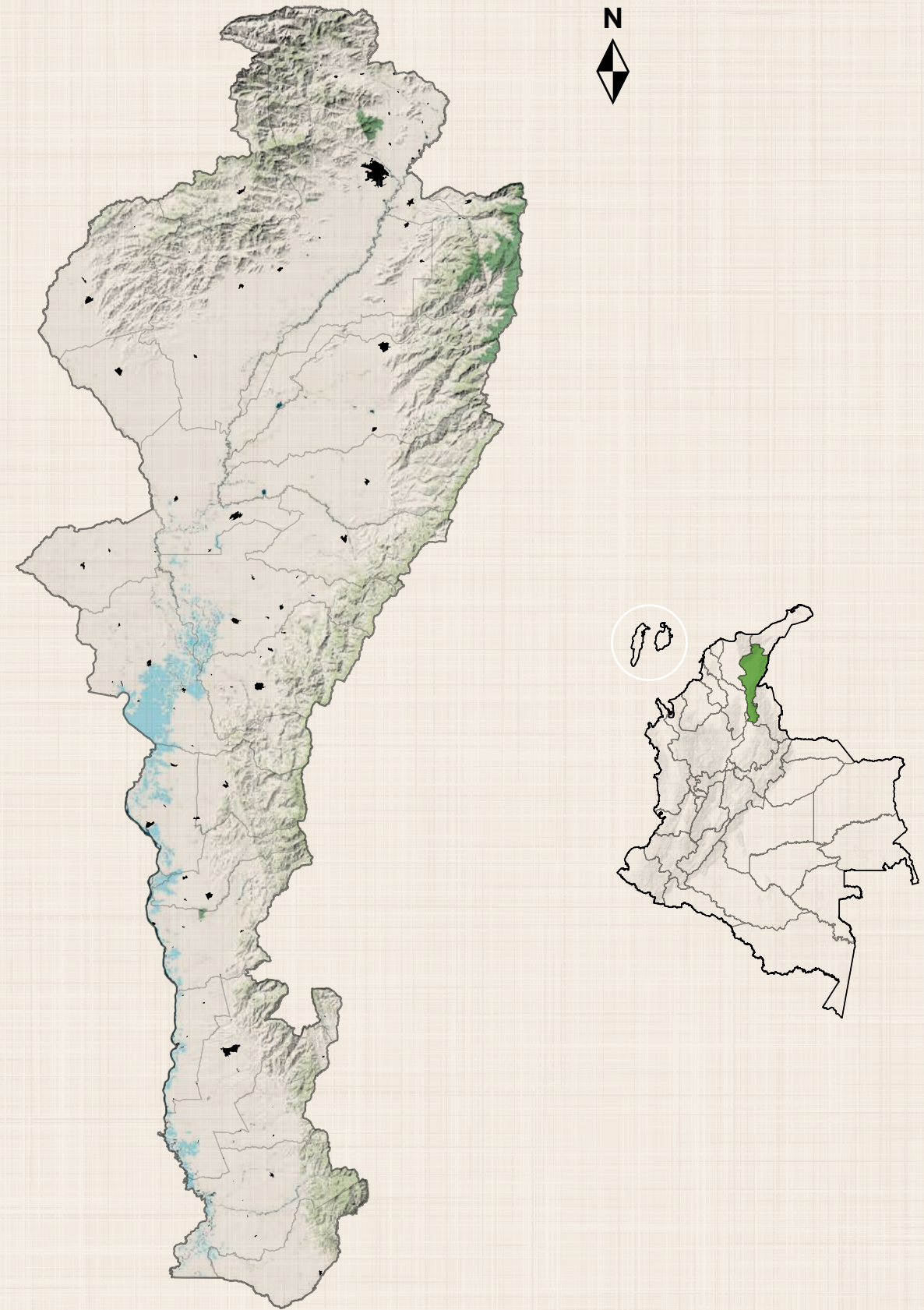
Hola, y bienvenidos a *Historias del corazón de Colombia*, un podcast de Procolombia. Yo soy Nick Perkins y vivo en Colombia desde 1999. Soy amante del ciclismo, el senderismo y los viajes que me llevan a lugares insospechados. Durante mucho tiempo había soñado con organizar un solo viaje que me permitiera conocer todos los departamentos de Colombia, de principio a fin, pero no lo había logrado hasta este año, cuando por fin pude planear el viaje de mis sueños: un recorrido que me llevaría a los 32 departamentos de Colombia y a su ciudad capital, Bogotá, para pasar un día o dos en cada uno, explorando la magia de su geografía, la inmensidad de su biodiversidad y la majestuosidad de sus paisajes.

Mientras me envuelvo en la calidez de su gente, en cada episodio del podcast exploro sitios emblemáticos de un departamento particular. En el camino aprendo sobre las costumbres y las culturas de la gente que conozco y grabo sus anécdotas, sus historias y sus leyendas a manera de diario de viaje, en lo que termina siendo un diario íntimo y muy personal, que registra los sabores, los colores y los sonidos de esta tierra de posibilidades infinitas. Colombia tiene algo para todos.

En esta publicación queda consignada, de forma escrita, una parte de este viaje sin precedentes a lo largo y ancho de uno de los países más diversos y fascinantes del mundo.

Cesar

Me encuentro en el departamento de Cesar, específicamente en su ciudad capital Valledupar, famosa en la música por el vallenato. Voy a tener el privilegio de encontrarme con el señor Beto Murga, quien maneja el Museo del Vallenato en la ciudad. Es un personaje experto, muy talentoso y versátil en el mundo de la música vallenata. Él me va a contar historias sobre la música, el Festival de la Leyenda Vallenata y mucho más.



— Beto, bienvenido al podcast. Muchas gracias por estar con nosotros. Es un privilegio estar aquí en su museo.

Beto Murga: Gracias, me encanta compartir con ustedes esta experiencia. Yo soy un cultor del vallenato, nací en Villanueva, La Guajira, que hoy se conoce como la cuna de acordeones. Desde niño, por el entorno musical en que me crié, además de una familia de músicos, comencé a tocar el acordeón. Lo conocí en el entorno rural, porque el acordeón fue un instrumento acogido con mucho cariño por el campesino (en los centros urbanos no era muy bien visto). No obstante, con el tiempo, el instrumento se abrió espacio. Me vine a vivir a Valledupar para comenzar mi carrera de compositor, ya que en Villanueva había hecho algunas canciones. Soy el autor de la canción *La negra*, que dice: “la negra dice que ella ya no me quiere, pero yo sí quiero a mi negrita”. Esa canción inicialmente fue grabada por Alfredo Gutiérrez, pero hoy en día debe tener alrededor de unas cuarenta versiones de orquestas venezolanas, mexicanas, cubanas, paraguayas... creo que hay una europea.

En todo caso, ya conocido como compositor, quise ser investigador de lo que ocurre con nuestra música vallenata. Con la literatura unía también mucho la música. García Márquez tuvo mucha participación en el reconocimiento universal de nuestra música. Un día, radicado en Valledupar, se me ocurre comprarle a mi hijo Beto, de cinco años, un acordeón de dos hileras. A él no le llamó mucho la atención porque lo consideraba obsoleto, pues ya utilizamos los acordeones rojos de tres hileras, que eran los que aparecían en las carátulas de los discos. Él lo dejó abandonado, pero yo tenía un vecino, el señor Emiliano Zuleta, autor de *La gota fría*, y un día él ve ese acordeón en la casa y le llama la atención. Me pregunta de dónde lo conseguí. Yo le dije que me lo había traído un amigo de Venezuela y lo había comprado para mi hijo, que por ser tan pequeño podría manejarlo me-



jor, pero no le había llamado la atención. Entonces Emiliano me dice con mucha gracia: “Si tu hijo supiera que en un acordeón como ese yo hice *La gota fría*”. Para mí eso fue una revelación, porque *La gota fría* definitivamente es la obra universal del vallenato.

— Me gustaría que retrocedamos un poco en el tiempo, antes de hablar del uso actual del acordeón. En la época colonial, ¿cómo llega ese instrumento, emblemático de países europeos, a esta parte del mundo?, ¿y cómo se apodera del imaginario cesareño?

Beto Murga: El instrumento definitivamente nos llega por donde hubo puerto. Hoy tenemos unos conceptos oficiales de la Secretaría de Hacienda de Colombia, que nos dice que por los años 1869 entraron 33 kilogramos de acordeones por La Guajira, entraron 12 kilogramos de acordeones por Sabanilla, un puerto al lado de Barranquilla, y 6 kilogramos por Cartagena. Uno queda loco cuando le hablan de kilogramos, porque no sabemos cuántos acordeones eran. Joaquín Vilorio, el gerente del Banco de la República de Santa Marta, se enteró de que yo tenía un museo donde tenía acordeones antiguos, y entonces vino para tener una idea de cuántos acordeones pudieron haber entrado por esa parte. Lo que había ocurrido es que antes se cobraba el arancel por el peso de la mercancía. Así que Joaquín vino e hicimos el ejercicio de pesar acordeones antiguos, y nos dio un promedio de tres kilogramos. Eso quiere decir que, por La Guajira, los 33 kilogramos eran 11 acordeones; por Barranquilla entrarían cuatro, porque eran 12 kilogramos, y por Cartagena, dos.



Sin embargo, a medida que uno investiga se da cuenta de que donde hubo puerto llegó el acordeón, porque el barco era el único medio de transporte de la época. Cuando el acordeón llegó a nuestra región fue mejor acogido por el hombre rural, por el campesino o por el obrero urbano. Fue un instrumento inicialmente estigmatizado, pero le dimos tanto cariño en esta región que cambió el paradigma. Cuando nos dimos cuenta, nos convertimos en un espacio musical, porque aquí, puedo manifestarlo, brotó no solo indígena y el africano, sino el europeo, quien nos trae el instrumento. Nosotros pusimos nuestras gaitas, nuestros instrumentos; el negro nos impone su ritmo, su tambor. Ya luego de trescientos y pico de años de unificarnos brota el género.

Inicialmente se le decía música de acordeón, o aire magdalenense, porque antes éramos un solo departamento, del Magdalena Grande; ahora somos La Guajira, Cesar y Magdalena. Además de eso, se le denominaba música de la provincia y, últimamente, música vallenata o vallenato. Con esto comenzamos nosotros a llamar la atención del país sobre nuestra música, que hoy conocemos como música vallenata.

— Beto, tenemos estas raíces campesinas, de la clase obrera, del uso del acordeón, ¿en qué momento podemos identificar un estilo reconocible dentro de la familia de lo que hoy es el vallenato?

Beto Murga: Inicialmente, a finales del siglo XIX, aparecieron muchos protagonistas del acordeón, pero con este se tocaba cualquier clase de música, inclusive música europea. Tuvimos la fortuna de que, en esa época, había personas conocedoras de música que aprendieron a tocar el acordeón y podían leer o interpretar de oído un vals, una polca, una mazurca, cualquier tipo de música europea. Con el tiempo adaptamos el instrumento a la música terrígena. Nosotros teníamos un chip en nuestro cerebro de las gaitas indígenas; para nosotros no fue difícil el instrumento.

Yo no recuerdo que me hubiesen enseñado a tocar el acordeón. Yo lo cogí de oída. Fui buscando algunas notas, quizás alguna orientación, pero ya uno le buscaba la melodía. Luego viene una época de lo mágico, cuando aparece Francisco El Hombre, quien se dice era un trotamundos que andaba por veredas, por los pueblos con su acordeón, y se convirtió en esa imagen de motivación para la gente con aptitud musical en La Guajira y en el Magdalena. Por los años 40 o 30, que llega la sonografía a Colombia, comenzaron a llamar a estos músicos a Barranquilla y otras partes.

Pero hay un personaje que es la respuesta a tu pregunta: se llamó Luis Enrique Martínez. Él fue quien se proyectó por la fonografía. Sin embargo, antes de Luis Enrique existieron otros como Chico Bolaño, que dicen fue un gran músico que demarcó rítmicamente los cuatro aires, cómo se debe tocar un paseo en los bajos, cómo se acompañan los bajos por la puya, el merengue y el son. A él se le debe ese concepto. También hay otros personajes como Emiliano Zuleta y Luis Pi-



tre, que se socializaron en la región. Cuando nos dimos cuenta, teníamos un mar de acordeoneros. En esta región, en todos los pueblos, había músicos.

Hubo un momento de mucha capacidad mental cuando a estos músicos se les denominó juglares, porque tenían una característica de trotamundos, de andar de pueblo en pueblo. Entonces a personajes como López Michelsen, presidente de Colombia de origen de Valledupar, Consuelo Araújo, Rafael Escalona y el mismo García Márquez se les ocurrió la idea de convocar a todos esos juglares que iban de pueblo en pueblo esperando las fiestas patronales para ir a animar a las comunidades. Así, en el año 68 esa idea se plasmó en el mes de abril y precisamente nace el primer festival, como una especie de concurso alternativo a la Virgen del Rosario.

Hoy tenemos un festival que va para el número 54. Ha sido un evento que tiene, hoy en día, una connotación nacional e internacional. Han venido a participar venezolanos, mexicanos, porque a través de internet podemos darnos cuenta de cómo se interpreta un canto en Rusia, otro aquí en Colombia, y así sucesivamente. Hoy estamos globalizados y, de una u otra forma, estamos recordando con estos espacios la música vernácula, la música que nació hace tiempo. Si no tuviéramos una plataforma como el Festival Vallenato, ya hubiera desaparecido lo tradicional.

Que mañana tan interesante y agradable pasé con Beto Murga, en su museo, hablando acerca de la historia del vallenato, la importancia del Festival, además de muchas otras cosas. Un personaje fascinante.

Ahora me encontraré con Hugo Granados, una figura muy importante en el vallenato. Ha sido rey del Festival en múltiples ocasiones y en diferentes modalidades. Tengo mucha curiosidad por conocer más sobre estos diferentes conceptos y niveles de premiación en el vallenato. Hugo me contará sobre todo eso, su visión musical y, en especial, sobre el Festival del Vallenato.

—Bienvenido y gracias. La primera pregunta: ¿usted cómo llega el acordeón?, ¿o cómo el acordeón llega a usted?

Hugo Granados: Muchas gracias por haberme considerado, le agradezco de corazón la oportunidad. El acordeón llega a mí, indudablemente. Así se da el primer acercamiento, y luego yo voy explorando y metiéndome hacia él. ¿Cómo llega? Como provengo de una dinastía reconocida ampliamente en el ámbito musical vallenato, con más de cien años de historia, así llega el acordeón a mí. Mi padre es Ovidio Granados, quien además es intérprete del acordeón y ocupó el segundo lugar en el primer Festival de la Leyenda Vallenata, cuando Alejo Durán ganó en 1968.

Mi papá, además de ser un intérprete del acordeón, aprendió la técnica de los acordeones, es decir, mi padre es *luthier* de los acordeones. Gracias al trabajo de mi padre como *luthier*, de ver la técnica, cómo arreglaba los acordeones, comencé a rodearlo e interesarme. Él, al ver mi satisfacción en torno a su trabajo, tomó la decisión de prestarme el acordeón. Dijo: “Yo voy a prestarle un acordeón a Hugo. Eso





de estar merodeando por la mesa alrededor mío me está mostrando su interés por tocar el acordeón". En ese momento, mi padre me levantó, acercó un taburete, que es un asiento de cuero de los tradicionales aquí, tomó un acordeón y me lo colocó en la pierna. Yo tenía apenas cinco años, y me dijo toca. Yo comencé a abrirlo y cerrarlo, y eso le satisfacía, porque decía que yo estaba tocando.

Al día siguiente, yo simplemente acomodé el taburete, me senté en el mismo lugar en el que me había ubicado el día anterior y me puse el acordeón en las piernas. Así comienza mi interés por la música vallenata, más exactamente por el acordeón. Luego mi padre comienza a darme indicaciones, y yo, a recibir su maestría y enseñanza. Desde ahí en adelante se vuelve mi oficio tocar el acordeón. Mi papá a arreglarlos, y yo a tocarlo, mal tocado, pero era feliz con eso. Hasta que se dio mi vida musical.

—A nivel general, una persona que llega al Festival de Vallenato, en un inicio, hubiera encontrado un evento muy para la gente local de la región, muy colombiano. Hoy en día ya es un festival internacional. ¿Qué le espera a una persona que viene al Festival del Vallenato, tanto en lo formal como en lo no formal?

Hugo Granados: Hay presentaciones tipo concierto que comienzan en el Parque de la Leyenda, donde se realiza el Festival de la Le-

yenda Vallenata, alternado con la gran final de las diferentes categorías. Por ejemplo, la primera noche se corona al rey infantil con el rey juvenil, y el concurso de piquería. El día siguiente es la gran final de categorías mayores, categoría juvenil de acordeoneros, categoría profesional y composiciones de canciones inéditas. Esos concursos van acompañados de conciertos con artistas locales, nacionales e internacionales.

Pero no encuentran únicamente eso los visitantes al Festival. También hay una parranda de reyes vallenatos, como la que hago yo. Asimismo, tengo una fundación que lideramos mi esposa, mi hijo y yo, con la cual hacemos, en el marco del Festival, una fiesta cerrada para cuatrocientas personas. En esta nosotros tratamos de conservar las raíces de nuestra música, representada en las dinastías, en los juglares y los reyes vallenatos. Ese es un evento alterno a todos los conciertos que se presentan en el Festival.

De igual manera puedes encontrar una parranda de compositores, acompañados con sus grupos vallenatos. De pronto encuentras parejas de piquería. Hay mucha variedad que vemos hoy en día en el Festival Vallenato. Yo pienso que nuestra música vallenata, en el Festival, tiene que ser primordial, representativa y debe estar sobre todo, pues el visitante viene a ver nuestra música, porque la quiere, porque la vive, porque la siente, y eso es lo que hay que mostrarle.



PROCOLOMBIA
EXPORTACIONES TURISMO INVERSIÓN MARCA PAÍS